

Después de los seres de carne

Brian Evenson

Cinco cuentos

1. Cómo adquirimos a nuestros hijos

En la época actual, concebimos a nuestros hijos excavando la tierra. Es un trabajo arduo, mucho más difícil que el que sugieren los registros dispersos que aún podemos interpretar, en el caso de los seres animales. En la época en que vivimos, excavamos a través de roca blanda y arcilla, amontonándola y profundizando cada vez más en busca de algo más duro y sustancial. Cuando lo encontramos, lo extraemos de la tierra lo mejor que podemos y lo llevamos ante Dios.

Dios examinará nuestro hallazgo y lo considerará, y luego dirá una de dos cosas. Podría decir: «Sí, esto puede servir como base para un hijo». O podría decir: «¿Por qué me traes esto?».

Si sirve como base para un niño, Dios nos dirá qué más se necesita para darle vida. Podríamos pasar uno o dos meses, a veces mucho más, rebuscando en la ciudad perdida, buscando los componentes restantes que formarán un niño. De hecho, a un lado de la fundición se alinea una larga fila de niños que aún no tienen vida y que, por falta de componentes, tal vez nunca la tengan. Sus cuerpos brillantes permanecen abiertos, cuidadosamente abiertos, esperando ser llenados con componentes funcionales y cobrar vida.

Es un placer observar a Dios obrar. Acerca su rostro curtido e inexpresivo al fuego mientras el trozo de niño se calienta y comienza a brillar. En el momento preciso, Dios introduce la mano con cuidado y destreza, extrayendo una porción con sus dedos ennegrecidos por el fuego. Comienza a ahuecarla, trabajarla y darle forma, luego hace lo mismo con otro trozo, y luego con otro. Más tarde, creará articulaciones y conexiones entre ellos. Finalmente, si tenemos suerte, tendremos algo que se parezca a nosotros, pero más pequeño: un niño.

Los niños siempre son más pequeños que nosotros. A veces son solo unos pocos centímetros más bajos. Otras veces miden apenas medio metro. No crecen, aunque los registros parecen indicar que alguna vez sí crecieron. Quizás, sin embargo, el uso que hacen los registros del término «crecimiento» sea solo metafórico, no literal.

Nuestros hijos no hablan ni oyen. Suelen ver y a menudo responden a los gestos. Se les pueden enseñar tareas sencillas. Se mueven y caminan, pero con poca fluidez, a diferencia de los adultos. Rescatados de las garras de la muerte, se mueven con brusquedad, como en espasmos. Tampoco viven tanto como nosotros. Muchas generaciones de niños que hemos engendrado podrían fallecer antes de que nosotros mismos muramos.

En los tiempos anteriores a Dios, en los tiempos anteriores al comienzo del tiempo, se rumorea que los seres de carne y hueso que habitaban la ciudad perdida construyeron grandes estructuras en las que cientos de nuestros hijos podían ser creados a la vez, pieza tras pieza, niño tras niño. Era, según se dice, mucho más rápido. Se rumorea que nosotros somos esos niños.

¿Por qué nos crearon estos seres de carne y hueso? ¿Nos consideraban sus hijos, a pesar de estar hechos de una sustancia completamente diferente? ¿Tenían algún otro propósito para nosotros?

Dado que sus registros están en su mayoría deteriorados o ilegibles, solo podemos especular.

Hay quienes creen que alguna vez fuimos seres de carne y hueso, pero que, a medida que nacían más y más niños resplandecientes, nos convertimos en imitadores tan hábiles que nos transformamos en seres resplandecientes nosotros mismos, para parecernos más a nuestros hijos y así integrarnos en ellos.

También hay quienes creen que estos seres de carne animal construyeron recipientes extraordinarios y en ellos huyeron hacia los cielos. Al estar hechos de carne animal, creían que debían seguir consumiendo animales para reponer sus cuerpos. Finalmente, voraces, devoraron a todos los animales. Partieron hacia los cielos en busca de más. Quizás, piensan algunos, regresen algún día y reconstruyan sus grandes estructuras para procrear, y volvamos a tener hijos tan grandes como nosotros y que vivan tanto como nosotros. Pero la mayoría considera que esta es una vana esperanza.

2. El niño malformado

En los últimos días de la existencia de Dios, a medida que se desvanecía, creó un niño deforme. Antes, cada vez que cometía un error, Dios se detenía y examinaba su obra. Si la encontraba defectuosa, levantaba al niño en potencia y lo devolvía a las llamas, fundiéndolo para empezar de nuevo. Sin embargo, en los últimos días de su existencia, el juicio divino le falló.

Tras haberle dado forma, el niño malformado tenía un brazo demasiado largo y otro demasiado corto. Tenía una pierna demasiado corta y otra demasiado larga. El niño solo tenía un cristalino, y este estaba agrietado. Sin duda, el niño veía el mundo a través de él como lo haría un insecto a través de su ojo compuesto, si es que aún existieran insectos.

Dios alzó al niño y observó su lente derecha rota, y luego la ausencia del lugar donde debería estar la otra. Esperamos y observamos a que Dios lo arrojara de nuevo al fuego. Pero tras un largo instante, Dios asintió con la cabeza y lo dejó suavemente en el suelo, con la carcasa abierta y a la espera de sus componentes.

«Ve», le dijo al futuro padre o madre para quien había creado al niño. Y entonces Dios le indicó al futuro padre o madre qué componentes eran necesarios para que el niño estuviera completo.

Algunos nos sorprendimos de que aquel futuro padre partiera hacia la ciudad perdida, que buscara lo necesario, que finalmente lo encontrara todo y que, al final, regresara. Pero quizás, a diferencia de nosotros, sospechaba que este niño sería el último que Dios crearía. O tal vez creía que Dios, con el tiempo, reconocería la malformación del niño y lo corregiría durante su ausencia.

En cualquier caso, el futuro padre regresó meses después con las manos llenas de lo que había encontrado y se lo ofreció a Dios. Por un instante, Dios permaneció inmóvil y luego, gimiendo, volvió a la vida y completó la gestación del niño.

En cuanto al niño malformado, sí que cobró vida, pero cada vez que intentaba dar un paso perdía el equilibrio y se caía. Se levantaba con dificultad, daba otro paso y volvía a caer. Al final, su padre le impidió ponerse de pie y, con gran esfuerzo y paciencia, le enseñó a gatear. Seguía moviéndose con torpeza y a trompicones, incluso para un niño, pero al menos ahora podía desplazarse de un lugar a otro. Su padre intentó enseñarle también otras cosas, pero el niño malformado parecía incapaz de aprender nada más allá de gatear.

Su padre finalmente llevó al niño malformado al bosque y lo abandonó. El niño encontró el camino de regreso a casa. Lo abandonó en el bosque de nuevo, pero por más que lo hiciera, el niño siempre lograba regresar. ¿Por qué el padre no lo incapacitó? ¿Por qué no volvió a encender el horno y lo metió dentro? No lo sabemos. Lo único que sabemos es que no lo hizo.

Un día despertamos y descubrimos que el padre se había suicidado. Allí estaba, colgando del techo, meciéndose suavemente, con sus órganos internos arrancados por sus propias extremidades y colgando de hilos alrededor de su cintura. El niño malformado gateaba en círculos en el suelo debajo de él.

Nos acercamos a la puerta y los observamos; los pies relucientes de los padres se balanceaban de un lado a otro, rozando a veces la cabeza del niño. El niño, ajeno a todo, gateaba y gateaba. La escena era terrible.

Y así, para no verlo, cerramos la puerta.

Nadie ha vuelto a poner un pie en esa casa desde entonces. Por lo que sabemos, el niño sigue allí, gateando, gateando, mientras su padre se mece suavemente sobre él.

3. Una historia de Animal Flesh Times

Esta es una historia de la época de los seres de carne y hueso. Es una de las historias más antiguas que conocemos. Quizás sea la más antigua de todas. Uno de nosotros la leyó en un registro que se convirtió en polvo mientras se leía, y luego se transmitió de boca en boca, y ahora me corresponde a mí transcribirla y, en estos últimos días de nuestra existencia, dejar constancia de ella para las generaciones futuras.

Una mujer deseaba tener un hijo. El dios de aquellos tiempos era diferente al dios que conocíamos antes de que se corrompiera. No, este dios era etéreo y perverso. Es cierto que le concedió un hijo a esta mujer tras suplicarle, pero solo con la condición de que jamás lo viera. Debía mantenerlo en casa y nunca salir de ella. ¿Aceptó ella tales condiciones? Sí, debido a su gran deseo de tener un hijo.

Recogió suficiente comida para varios años y llenó su morada con ella. Tomó el dobladillo de su vestido y lo rasgó, y lo volvió a rasgar, y con los dientes logró arrancar una larga tira de tela con la que se vendó los ojos. Entonces dijo: «Estoy lista. Tráiganme a mi hijo».

Su dios llegó como una ráfaga de viento gigantesca que sacudió las paredes de su casa y la derribó. Cuando, por fin, el aire volvió a quedar en silencio, tanteó el suelo hasta que, finalmente, sus manos descubrieron a su nuevo hijo.

Debería haber comprendido, con los sentidos que aún conservaba, que algo andaba mal con aquel niño. Su piel estaba más dura de lo normal y fría al tacto. Se movía, sí, pero no emitía ningún sonido. O mejor dicho, casi ninguno. Cada vez que lo alzaba o lo dejaba en el suelo, oía un clic. Rápido y singular, no repetido, pero estaba segura de haberlo oído.

Durante muchos días fue feliz con su hijo, cantándole, meciéndolo y dándole de comer. Llenó un vacío en su corazón. Es cierto que ya no podía estar cerca de otras personas, que no podía hacer nada más que pasar tiempo con su hijo. Pero, para ella, eso era suficiente.

Hasta el momento en que no lo fue.

Clic , oyó. Y luego, *clic* .

¿Podría ser ese el sonido que un niño debía hacer? No, le parecía incorrecto. Aun así, le cantó a su hijo y lo abrazó, pero ahora había ansiedad en su canto, y aunque la mayor parte de ella todavía quería aferrarse al niño, una parte deseaba alejarlo.

Tras muchos días, aquel *chasquido* resonaba con tanta fuerza en sus oídos cada vez que alzaba o dejaba al niño que ya no pudo soportarlo. Se acercó a la puerta de su casa y asomó la cabeza. Se quedó allí, escuchando, con los ojos vendados por la tira de tela, hasta que finalmente oyó pasos.

—¿Hola? —dijo ella.

De repente, los pasos se detuvieron.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

Una voz respondió, la voz de una anciana. «Pensábamos que estabas muerta», dijo la voz de la anciana. «Cuando no saliste de tu casa, pensamos que habías muerto y que tu casa se había convertido en tu tumba». Y entonces, tras un largo silencio en el que la mujer se maravilló de lo que la anciana le contaba, «¿Estás muerta?», preguntó la anciana.

—No lo sé —dijo la mujer. No se había mirado al espejo en muchos meses. Recordaba haberle dado de comer al niño, pero por más que lo intentaba, no recordaba haberse alimentado ella misma. ¿Estaba viva?

Sacudió la cabeza para despejarse. No, tenía que estar viva. Estaba hablando, ¿no? Pero mientras intentaba convencerse de que seguía viva, sentía cada vez más miedo de no estarlo.

Le dijo a la anciana: «Necesito que me digas si le pasa algo a mi hijo». Y extendió la mano hacia atrás, agarró al niño y lo sacó por la trampilla de la puerta de su casa para que la anciana lo viera.

Hubo un largo silencio. Y entonces, —¿Qué niño? —preguntó la anciana. Por el tono de voz de la anciana, la mujer supo que ya se había alejado, que retrocedía lentamente. Y entonces oyó el golpeteo de los pasos de la anciana al echar a correr.

La mujer regresó a su morada arrastrándose. No sabía qué hacer, pero se dijo a sí misma que si lo que le habían dado no era un bebé, entonces ya no tenía la obligación de no mirarlo. Tal vez su dios la había engañado. Se dijo que le echaría un vistazo rápido al bebé y luego, si todo estaba como debía estar, volvería a colocarse la tira de tela ahora sucia alrededor de los ojos y no se la quitaría jamás. Aun así, tuvo cuidado de atar la puerta de su morada para que su dios no supiera que había roto su promesa.

Con mucho cuidado, desató el nudo que se encontraba justo detrás de la venda. Lo desató una y otra vez hasta que la tira de tela se soltó. Luego, con gran delicadeza, la desenrolló y se la quitó de la cara, y entonces abrió los ojos.

Ante ella había una muñeca. Yacía inerte en el suelo, manchada con restos secos de la comida que había intentado darle. Asombrada, la mujer la levantó, y al hacerlo, la muñeca chasqueó, como tantas veces había oído, y abrió los ojos. La miró y se dio cuenta de que se había equivocado, de que, después de todo, no era un objeto inerte. Que fuera una muñeca no significaba que no fuera un niño. Era, comprendió, ambas cosas a la vez. Estaba viva y muerta. Su dios la había engañado y, al mismo tiempo, le había dado lo que deseaba.

Cuando la muñeca, que también era su hija, la miró, sintió que sus ojos se le salían de las órbitas. Ya no necesitaba la tira de tela para no ver. Y entonces la muñeca se disolvió en arena entre sus manos. Pronto solo le quedó un montón de arena. Y, poco después, incluso eso se dispersó y la mujer ciega se quedó sola, sin nada en absoluto.

4. El conjunto de Oherdluq

Entre nosotros había uno llamado Oherdluq que, a simple vista, parecía tener toda la inteligencia necesaria, pero cuyo razonamiento era, en el mejor de los casos, defectuoso. No lo sabíamos, ya que por fuera se veía igual que todos nosotros.

Oherdluq no tenía hijos y jamás había buscado uno. Pero cada vez que veía a un niño sin padre ni madre cerca, se acercaba a él y lo llevaba a su morada. Una vez allí, lo abría y exploraba su interior con los dedos. Si encontraba algún componente que admiraba, lo arrancaba y se lo quedaba, escondiéndolo en un lugar especial y secreto. Luego, volvía a cerrar el cuerpo del niño, lo hacía olvidar lo que le había robado y lo dejaba desorientado en el mundo. A menudo, pasaban varios días antes de que el comportamiento del niño revelara que algo andaba mal, y para entonces era imposible saber quién o qué lo había manipulado. A veces, sin duda, el robo nunca se descubría, ni siquiera se detectaba el cambio en el niño.

Un día, sin embargo, Oherdluq abrió un niño tan repleto de componentes deseables que no pudo elegir solo uno. Tomó primero uno, luego otro, y luego otro más, de modo que cuando finalmente lo cerró, el niño ya no funcionaba. Al principio, intentó devolverle algunos de los componentes, pero por mucho que lo intentara, el niño permanecía inmóvil y oscuro.

Finalmente, Oherdluq arrojó lo que quedaba del niño al bosque.

Un día después, por casualidad, encontraron al niño abandonado y malherido, y se lo llevaron a su padre. En su prisa y pánico, Oherdluq se había olvidado de hacer que el niño olvidara lo que le había hecho, así que cuando el padre extrajo el componente de memoria más reciente y se lo implantó en su propio cuerpo, vio exactamente lo que Oherdluq le había hecho a su hijo.

El padre llevó el componente de la memoria a Dios y se lo entregó. Esto ocurrió cuando Dios aún era Dios, antes de que comenzara a flaquear. Dios sostuvo el componente, lo examinó y luego lo insertó en su propio cuerpo. Cuando supo con exactitud lo que contenía, lo extrajo y lo arrojó al horno.

—Traed a Oherdluq —dijo Dios.

Y así encontraron a Oherdluq y lo llevaron ante Dios, quien, sin decir palabra, lo tomó y lo arrojó a lo profundo de su horno. Cada vez que Oherdluq intentaba escapar, Dios simplemente lo empujaba de nuevo adentro hasta que, finalmente, Oherdluq dejó de existir.

En muchos sentidos, este es el final de la historia, pero al menos en otro sentido, la historia continúa. Muchos días después de la muerte de Oherdluq, uno de nosotros, no importa quién, dio con su escondite, el lugar donde guardaba todos los componentes que les había arrancado a los niños.

Era una cueva, en lo profundo del bosque. Cuando quien la encontró entró y la examinó con atención, se dio cuenta de que la pared del fondo era falsa. Parecía una pared sólida hasta que uno se acercaba mucho. Una vez allí, comprendía que, no, lo que había creído que era una simple irregularidad en la roca era un lugar donde una pared pasaba por delante de otra, ocultando un pasaje que conducía más atrás.

Quien descubrió la verdad entró en aquel pasaje y lo siguió, recorriendo sus recovecos hasta llegar a una cámara de forma deliberada. Era grande y circular. En el centro había una especie de altar sobre el que se habían dispuesto todos los componentes robados a los niños, formando una siniestra composición. Estos se habían unido para crear un nuevo ser, una nueva mente, aunque cuando intentó comunicarse con él, lo único que oyó fueron gritos.

Destruyó el conjunto de antenas. Creía que era lo único misericordioso que podía hacer, y nosotros, una vez que nos contó lo que había encontrado y lo que había hecho, no pudimos evitar estar de acuerdo. Casi con toda seguridad, fue lo único misericordioso que podíamos hacer.

5. La muerte de Dios

Nadie sabe por qué Dios se arrojó al horno de fuego. Algunos creen que lo hizo al darse cuenta de que se acercaba el final de su vida y temía que, si no se autodestruía, alguien intentaría resucitarlo. Otros piensan que su intención era fundirse para inspirar a otro a convertirse en el nuevo dios y transformarlo en un niño. Otros creen que no fue un acto consciente, sino simplemente el resultado de los desvaríos de sus componentes dañados.

Durante un buen rato, Dios permaneció allí, entre las llamas, con su envoltura ennegreciéndose y negándose a fundirse. Pero poco a poco, tras unas horas, se ablandó y comenzó a perder su forma.

Finalmente, Dios se convirtió en un charco fundido, y entonces, por fin, el fuego del horno se apagó y poco a poco se endureció hasta convertirse en un bloque sólido.

Cuando lo que una vez fue dios se enfrió, lo tomamos y lo sacamos del horno, y luego destruimos el horno. Lo llevamos lejos, y luego cavamos un hoyo y lo enterramos profundamente en la tierra. Desde entonces no hemos tenido hijos.

Quizás, nos decíamos algunos, algún día Dios volvería, en una nueva forma. Y entonces desenterraríamos su primer ser y se lo presentaríamos. De él, de su antiguo ser, según seguimos creyendo, engendraría a su primer hijo. Y entonces nosotros también podríamos tener hijos.